

pérdido mi trabajo; pues si no habia de ver lo que queria, n valde habia subido á donde me hallaba. Estando yo con la confusion que puedes imaginar, tan arrepentido de verme en el cielo, como otros deseosos de gozarle, y tan triste, que se me arrasaron los ojos de agua, llegóse á mí aquel sabio Empedocles de la misma figura que puede imaginarse, venia sucio, lleno de ceniza y quemado, que le juzgáras por carbonero de muchos años de oficio. Yo me turbé un poco quando le ví, si va á decir la verdad, porque pensé que era alguno de los demonios lunares; mas él, conocida mi turbacion, me dixo que no temiese, y que no habia errado en igualarle con los espíritus inmortales, con ser así, que no era cosa divina. Yo soy Empedocles, dixo, aquel filósofo fisico, que despues que me despeñé entre los fuegos del monte Etha, me arrebató el humo, y me subió á este sitio, y desde entónces asisto en el cielo de la luna, sin atreverme á declinar á otra parte por el peligro de la mucha distancia que hay de aquí á la tierra: ándome vagamundo por los ayres, mantenido del rocío, porque aquí no hay otra mejor comida: vine ahora á sacarte de la duda que te ha dexado confuso y triste; porque si no me engaño, lo que mas ahora te atormenta es el no poder ver la tierra distintamente. Respondíle que así era, y que lo habia hecho muy bien en venir á consolarme, y que le prometia quando volviese á Grecia, ofrecerle en el humero de mi casa grandiosos sacrificios, y que inclinado á la luna tres veces todos los novilunios haria memoria de su nombre por aquel tan solemne beneficio. Antes te juro por Endimion, me dixo, que no me ha traído aquí premio

mio alguno, sino la aficion que te tengo: esa solamente movió mi ánimo para venir á ayudarte, cuidadoso de verte fatigado. Mas dexado aquesto, ¿tú no sabes con qué remedio volverás á tener claros los ojos, y cobrarás nueva vista? Yo no lo sé por Júpiter, le dixé, si ya no es que tú me quites las nubes que se me han criado en los ojos, despues que estoy en este cielo, que á lo que he experimentado, no debe de ser sano para la vista. Él me respondió que no tenia necesidad de su ayuda; porque de la tierra habia llevado conmigo lo mas eficaz para curarme. Dudaba qué cosa fuese, porque yo me hallaba tal, que ni sabia lo que habia de hacer para remediar tan gran desgracia, hasta que me dixo: ¿pues cómo te se ha olvidado que traes la ala derecha de una águila? Dixéle que así era, mas que no hallaba correspondion del ala con el ojo, y de las plumas con la vista. ¿No oíste decir (me dixo) que al águila es reyna de las aves, solo porque es de vista tan aguda, que puede mirar sin turbarse, los bellos rayos del sol? Así lo he oido, le dixé: ¿Mas qué tiene que ver aquesto con el ala? porque ojos de águila yo apostaré, que no se hallan en todo aqueste cielo, aunque se den por ellos estos míos, que yo los diera por unos de águila, y me los dexára sacar de buena gana, por no verme ahora tan ciego; pues fué tal mi desdicha que una vez que me animé á subir al cielo, me vine con ojos malos; de manera que no tengo adorno mas de la mitad del cuerpo, pareciendo en eso á los Reyes desheredados, título no mas sin reyno: así yo habia de traer ojos para ver, y alas para volar: contentéme con lo segundo, y ahora no valgo nada sin lo pri-

primero. No te congojes tanto, me dixo Empedocles, que en tu mano está el remediar tu vista, y quedar con ojo de Rey, ya que no con ojos: porque si te levatares en alto, y no jugando de la ala del buytre, movieres solamente la del águila, es sin duda que conforme á la proporcion del movimiento del ala cobrarás la vista del ojo diestro, tan aguda y penetrante que no se te encubra la cosa mas pequeña de la tierra: mas para el ojo izquierdo de ninguna manera puede haber remedio, hasta que baxes al suelo, y no importará mucho ahora, pues toca á la parte peor, y á la mas ínfima. Pardiez filósofo amigo, dixe yo, que si veo con el ojo derecho quanto el águila alcanza con el suyo, que no se me da nada del izquierdo, ántes si no me engaño, me servirá de mucho no ver nada con él: porque me parece que he visto á muchos artífices que para sacar las reglas mas derechas, cierran el uno de los ojos, y así ve mucho mas el que está abierto. Así estaba yo hablando, quando empecé á hacer lo que me mandaba Empedocles, y él entretanto evadido de mi presencia, se desapareció entre confuso humo. Yo que componia el ala del buytre, para que no se bullese, le busqué para decirle si seria mejor atarla, y nunca pude hallarle, de que no quedé poco medroso. Asegurada el ala izquierda comencé á menear la derecha, como me dixo el filósofo, y al punto sentí grandísima claridad de los esplendores, que en torno de mí resplandecian: ví claramente las cosas que hasta entónces se me habian ocultado, hallándolas tan distintas y tan cerca de la vista, que las podia distinguir bastantemente, mirando á la tierra:

ví

ví

ví claro las poblaciones, casas y ciudades enteras, los hombres, y todas sus obras, sus ocupaciones y oficios, no solo los que hacian en público, sino los que pasaban en lo mas secreto, cerrados en sus casas, y seguros que de ninguno eran vistos. ¡Válgame Dios! y qué de curiosos hallára, que me compráran ala de águila tan provechosa, por solo saber las vidas de sus vecinos, y tasarles sus secretos. Grandes cosas ví con la invencion de Empedocles: ví á Ptolomeo, que trataba ilícitamente con su misma hermana: ví al hijo de Lisimaco, que acechaba á su mismo padre, para quitarle la vida: ví á Antioco, hijo de Seleuco, que gozaba de su madrastra Stratonica: ví á Thesalo Alexandro, que le estaba matando su muger propia: ví á Antígono, que haciendo agravio á su hijo, cometia adulterio con su nuera: ví al hijo del Rey Atalo, que estaba preparando el veneno con que matar á su padre: ví á Arszes, que mataba á su muger injustamente; y al eunuco de Arbazes, que sacaba la espada para herir al amo: ví al Medo Spartano, á quien sacaban sus criados de un solemne convite herido en la frente con una copa de oro: y finalmente ví muchas cosas diversas, casi todas malas y sin orden, que se hacian en las casas de los Reyes y Príncipes, así en Libia, como en Scita y Tracia. ¿Qué de adulterios, homicidios, asechanzas, traiciones, robos, engaños, guerras, mentiras y alborotos? ¿qué de impulsos vulgares, que violada la religion, que de honras manchadas, que de haciendas perdidas, que de amigos fingidos, que de falsas amistades, que de intenciones con mil caras, y que de caras con varias intenciones?

x

Qual

Qual lloraba de triste, cuál se desesperaba de afrentado: éste se moria de ofendido, aquel padecia injustamente, el otro se quejaba enfermo: muchos engañaban, todos mentian, y finalmente pocos habia sin defectos. Tal era mi contemplacion, tal mi vista, mirando los sucesos y naturales de los Reyes, de los ricos, de los caballeros y de los nobles. ¿Qué serian las obras, y intenciones de los plebeyos? ¿qué la desenvoltura y arrojamientos de la plebe? No sé cómo te diga lo que ví en el comun de los hombres: ví á Hermodoro Epicuro jurar falso por mil reales: ví á Agatocles Stoyco, que pedía por justicia un subido precio, por haber sacado un buen discípulo, sobre lo qual andaba en litigios y demandas: ví á Climia Orador, que hurtaba una copa de oro del templo de Esculapio: ví á Herofilo Cynico, que durmia en un lugar público y deshonesto, sin mirar la estimacion que perdía, ni la opinion que manchaba; que hay hombres que á trueco de conseguir su gusto, no reparan en honra ni en recato. ¿Qué te diré de los que ví hurtar con varios modos? Quáles pleyteaban, cuáles con logros y usuras quitaban las haciendas, y condenaban las vidas. No sabré encarecer las cosas que divisé desde aquel puesto: vista varia mezclada de maldades diferentes. *Amig.* Notable es la variedad del mundo. Por cierto que viste mucho, para no ver mas que con un ojo: ¿qué hicieras, si procuráras ser lince de las costumbres ajenas, arancel de ajenas vidas, y glosa de ajenas almas? Mas si uno de los murmuradores de este siglo se viera en el lugar que tú te viste, y con la vista que alcanzaste ¿qué honra dexára sana? ¿qué intencion

juz-

juzgára limpia? ¿qué secreto guardára? ¿y qué razon no dixera? Notable género de hombres se usa hoy, Menipo amigo, pues sin querer conocerse, presumen de conocerlo todo, y no sabiendo ser buenos, todo lo juzgan por malo. Desdichada edad, adonde se agravia tanto con las lenguas, y se obra tan mal con las costumbres. Cuéntame por menor aquesas cosas, así vivas, ya que te deleytaste tú con verlas. *Men.* Tambien pareces en los deseos de saber, hombre al uso, pues no poco te congojan esos impulsos vulgares: mal podré complacerte, en lo que pides, porque será imposible contar lo que ví distintamente, pues el verlo solo, fué para mí no poco dificultoso. ¿Acuérdate de aquel escudo que pinta Homero, de tanta capacidad, que en él se hacian saraos, bodas y convites de una parte, y en la otra juzgaban jueces, oraban oradores, y leian filósofos, y sacrificaban sacerdotes? pues tal parecia la suma de las cosas que yo miraba desde el cielo: veia lamentar á unos tristemente, llorando desdichas propias, ó extrañas. Quando miraba á Gética, veia pelear sus naturales, quando volvía á ver á Scitia, veia pasear los Scitas en pomposos carros con vistoso acompañamiento: los Egipcios cuidadosos cultivaban la tierra: veia en Fenicia vicios y delicias: en Cilicia robos y traiciones, en Laconia atormentaban con rigurosos castigos; y en Atenas enseñaban en floridos estudios: y como en todas partes se hacian á un tiempo cosas tan diversas, causabáme notable agrado la diversidad que veia, si bien me daba pena la confusion de tanto. ¿Sabes como sí juzgaba yo diversidad tan grande? como si se juntasen muchos músicos con instrumentos diversos,

y 2

y

y que cada uno cantase una letra, diferentes en el tono, y todas juntas: mira tú cómo se podría percibir música tan diversa; y mas si cada uno quisiese cantar mas alto que el compañero, no se entenderian sin duda. Pues así juzgué yo lo que ví desde aquella altura, todo confuso y revuelto, que aunque pude verlo con la agudeza de mi vista, no es posible explicarlo con la rudeza de la lengua. ¿Sabes cómo es la vida de los hombres? una danza entre muchos, que al son de diversos sonos de instrumentos, cada uno danza al suyo, y quiere danzar el del vecino, y por esto se confunde en la misma disonancia. Así viven los hombres: de esta confusa desigualdad pende su vida: no hay quien se contente con el son que le hace su fortuna: todo es envidiar ajenos instrumentos, y por eso nunca son buenos danzantes: resuenan con voces desacordadas movimientos diversos, modos singulares, varios pensamientos, hasta que enfadado el maestro de que le mudan la danza, los echa á todos del teatro de la vida, y en el vestuario de la muerte quedan iguales, y vuelve el maestro á repartir los puestos y vestidos, hasta que se acabe el sarao de todo punto. Danzas son las dignidades y oficios, las riquezas y delicias, los gustos y la abundancia, que mientras dura la fiesta, se les sufren mil defectos, mil demasías y agravios en el teatro del mundo: mas acabada la solemnidad, todos quedan unos, los que dazaron bien, y los que dazaron mal, los que vieron y no vieron; porque la muerte á todos los iguala sin distincion de personas. Tambien te admiraras de ver las farsas diferentes que se presentaban en el teatro de la vida, todas cosas vanas y de risa: mas las

las que á mí me la daban grande, eran los que pleyteaban sobre haciendas falidas, demarcaciones de heredades no conocidas, sobre posesiones ignoradas; y los que se juzgaban por dueños de la mayor riqueza, porque labraban el campo Scyonio, y contentos y vanagloriosos de su suerte, tenían en su comparacion por muy pobres á los mas hacendados. ¿Pues qué te diré de los que acertaron á ser dueños de aquella parte del campo Maratonio que está cerca de Oenoe, ó de mil hanegadas de tierra en Acarnania? no habia quien con ellos se apoderase siendo así que toda Grecia (desde adonde yo la veía entónces) no ocupaba quatro dedos de distancia. La tierra Atica, sino me engaño, proporcionada desde tamaña altura era la menor parte que se veía en la grandeza de los grecianos lindes: de manera que el que mayor parte de tierra poseía de aquellos locos y presumidos, mirándola desde el cielo, no venía á ser uno de los átomos de los Epicureos. Pues quando harto de ver aquellas dimensiones por tan poco, volví los ojos al Peloponeso, y ví la tierra que está debaxo de la Cinosura; me moria de risa de ver por qué poca tierra, que apenas tenia el vulto de una lenteja Egipcia, habian sido muertos en un dia tantos Argivos y Lacedemonios. Mira tú qué pequeños parecen desde el cielo los que en la tierra juzgan los hombres por grandísimos bienes; y lo peor es, que lo mismo son los contentos y los gustos, las dichas y felicidades. Desde allí ví algunos hombres tan soberbios y tan locos porque tenían ocho anillos, y quatro vasos de oro, que tenían en poco á los mas poderosos y hacendados; y provocábanme á ira, porque veía

yo

yo desde allí, que el universo Pangeo con todas sus minas de diferentes metales y tesoros parecia una migajita muy pequeña. *Amig.* ¡Ó dichoso tú, Menipo, pues llegaste al conocimiento cabal de las cosas de la tierra! Muy aprovechado debiste de salir de esa representacion grandiosa, de ese general expectáculo. Mas dime por tu vida, ¿las ciudades de qué tamaño te parecian? ¿los hombres de qué estatura los juzgabas, vistos de lugar tan alto? *Men.* ¿No has visto algunas veces exércitos de menudas hormigas, que junto á sus estancias forman un concertado alarde, divirtiéndose en ordenanza por los campos vecinos á procurar sustento, que á veces con una confusion vistosa unas salen y otras entran, unas vuelven y otras parten; ésta se carga de la pajueta que dexó la compañera por inútil, cuál llevaba la cortecilla de la haba que acaso topó en el suelo, y cuál el grano de trigo, y al fin buscan, traen y trabajan? *Amig.* Ya lo he visto, y no me admira poco el concierto y gobierno de su república, tan prudente y bien dispuesto, que parece que hay entre ellas jueces, gobernadores, maestros de edificios, oradores y ciudadanos, músicos y filósofos: con tal concierto viven esos prudentísimos animalillos. *Men.* Pues las ciudades y los hombres me parecian hormigas desde el cielo; y no le juzgues por vulgar exemplo comparar las hormigas á los hombres, que á muchos pueden enseñar prudencia, pues los hay tales en el mundo, que no merecen igualarse á estos animalillos prevenidos. Juzga al jugador, al vicioso, al gastador y perdido, al que no sabe componerse y gobernarse, al gloton, al falso amigo, al murmu-

rador y al necio, y echarás de ver que una hormiga vale mas que muchos, y sabe mas que todos. No te rias por tu vida, registra las historias naturales y extrangeras, y hallarás defectos de hombres que jamas los tuvieron las hormigas; demás que si se ha de creer á las fábulas antiguas de los Thesalos, los Mirmidones, gente belicosísima, fueron hombres que nacieron de hormigas, y no tan malo, si aprendieron á gobernarse de ellas.

Al fin harto de ver locuras y necedades de la tierra, que hartan mucho necedades y locuras, si bien entónces reia mucho de ver tantas, batí las ligeras alas, y con animoso vuelo llegué ¿donde, si piensas? no ménos que á la morada del supremo Júpiter. Mas primero (perdóname, que me olvidaba) apenas me habria alargado un estadio de distancia del cielo de la luna, quando me detuvieron las voces que ella me daba: cogí las alas, y ella dixo con habla mugeril y delicada: Menipo, así los Dioses te cumplan tus deseos, que quieras llevar una embaxada de mi parte á Júpiter: respondí que la dixese, que de muy buena gana procuraria servirla, como no me diese cosa de mucho peso, porque no le sufria grande la cabalgadura de pluma que llevaba. Una petition es solo, replicó Diana, tan pesada para mí, que si tú la sientes tanto, no te culparé aunque no la lleves; siendo así que para llevada es fácil, y grave para sufrida. Has de saber, Menipo, que me tienen sobradamente fatigada las opiniones insufribles de estos filósofos que se usan; porque aun tan apartada de la tierra no quieren dexarme, sino que como hombres ociosos y valdíos, sin irles nada ni

haberse de casar conmigo alguno de ellos, andan averiguando mis faltas y mis sobras, inquiriendo curiosamente quién soy yo, quién me crió, quién fueron mis padres, donde nací, si soy pequeña ó grande, hermosa ó fea; ya me hacen corcobada, ya cornuda; y ha llegado su desvergüenza á tanto, que quieren desquartzarme, y pienso que he de dexar hacerlo, por no sufrir las necedades que les oigo: unos dicen que soy habitable sin ser casa: otros que soy espejo sin ser vidrio: ya me cuelgan sobre el mar, ya me sientan en la tierra, y finalmente me atribuyen quanto les enseña su imaginacion menguada y loca: y la ofensa que sobre todas siento, es saber que muchos de ellos han dicho que soy ladrona pública, y que mi luz no es mía, y que esta lumbre con que ahora me ves, es adulterina y falsa, hurtados y agenos mis esplendores, porque se los quito al sol para adornar mi hermosura. ¿Qué te parece de este atrevimiento? mira como tratan mi opinion, y manosean mi honra, y todo es á fin de enemistarnos al sol y á mí; y en verdad que tanto han podido sus enredos, que aunque somos hermanos, no nos vemos ni hablamos sino muy de en tarde y para reñir de nuevo, pues nos miramos opuestos y encontrados, aunque juntos y revueltos: yo triste, y él con ceño: la tierra será testigo que procura componeros quando eclipsamos las luces: mira por tu vida qué sacan estos enredadores de nuestra enemistad y contienda. Y no pienses que á mí se atreven solo, que tambien han dicho del sol mi hermano, unos que es una piedra, otros que una masa transparente, y muchos mayores disparates; y lo mas gracioso de este caso es, que ellos

ellos saben que yo he visto infinitos pecados y maldades feísimos y torpísimas, que cometen de noche, desnudos de aquella gravedad y hipocresía con que de dia engañan los ignorantes que los creen y los buscan. ¿Piensas tú que de noche tienen aquellos recatos virtuosos, aquellos rostros séveros, aquellos ojos baxos, aquellos pasos medidos, aquella rectitud exterior? No amigo, todo lo mudan en anocheciendo, hombres son como los otros, y quizá mas perjudiciales en la república: porque con capa de virtud quitan mil honras, y roban mil haciendas: yo sé como visitan, y como son visitados: pudiérate leer sus vidas mejor que ellos piensan que saben las agenas. Mas aunque lo he visto por mis ojos, y les debo tan poco, callo y sufro: porque demas de que me corriera yo, si descubriera los ejercicios nocturnos con que gastan el tiempo, tengo por gran delito el sacar á luz los suyos: porque al fin por su recato merecen que se les guarde secreto: mejor les fuera ser buenos; mas como son forzosos los defectos en los humanos, alabo incesablemente á los recatados, á los cuerdos que saben guiar tan bien sus cosas, que solos ellos y yo llegamos á saberlas, porque de mí estan muy seguros: porque es tanta mi humanidad y cortesía, que muchas veces quando los veia hurtar, engañar, quitar la justicia, cometer adulterios ó hacer otras maldades que ellos suelen cometer á solas, y de que es testigo la noche, yo los cubria con una nube, porque el vulgo no supiese sus defectos y demasías; porque no perdiesen la opinion adquirida con el vulgo estos hombres viejos y venerables, de luenga barba, y de profesion virtuosa. Mas ellos ingra-

tamente olvidados de estos beneficios, se entretienen con mis injurias, teniendo por principal pasatiempo el perseguirme y afrentarme; y hallome de esta persecucion tan perseguida y fatigada, que hago testigo á la noche, de las muchas veces que he querido desesperarme yirme muy léjos de este cielo, adonde esté mas segura de sus curiosas lenguas. Este, Menipo mio, es mi sentimiento: por tu vida que hagas de él memoria para hacer entera relacion á Júpiter, advirtiéndole mi queja, y que si de una vez no remedia estos agravios, destruyendo y acabando á aquestos Físicos, cerrando la boca á los Dialéticos, derribando á los Stoicos, quemando á los Académicos, y poniendo á los Peripatéticos perpetuo silencio en sus cuestiones impertinentes y vanas, no podré menos de dexar el cielo; porque es imposible que yo tenga algun descanso miéntras estos hombres no dexaren de medirme y rodearme tantas veces cada dia.

Lloraba la luna, que era lástima, por la insolencia de los tales, y al fin la prometí hacer toda diligencia para librarla de tantos necios, y con esto apresurando el vuelo, me fuí á la estancia de Júpiter. Yendo volando volví á mirar á la luna, porque iba con cuidado de dexarla tan llorosa, y la ví tan trocada del primero sentimiento, tan pequeña y menguante, que disculpé en mi imaginacion á los que la llaman varia, y ponderé en su pena la facilidad de las que publican las mugeres, pues en llantos ó en risas, en pesares y contentos, en bienes ó en males no tienen considerable consistencia, firmeza que dure, ni duracion que lo sea. Espantado de esta mudanza, volví segunda vez á mirarla, y halléla ya tan crecida que cubria

toda la tierra. Yo pues dexando al sol á la derecha mano, volando entre innumerables estrellas, al tercero dia llegué al cielo de Júpiter divino: estuve determinado á entrar, sin avisar de mi llegada, pensando engañar á los que me topasen, pasando plaza de águila (grande, querida y familiar de Júpiter) y cierto que si lo hiciera, me sucediera una desgracia (cosa nunca vista allá en el cielo) porque me habian de conocer al punto por la ala que llevaba de buytre, y perdiera por un lado lo que mereciera por el otro, y fuera posible, que lo pagaran ámbos. Mejor consejo me pareció llamar á las divinas puertas, y entrar al descubierto, pues en aquella region no se consienten (como en la tierra) engaños ni traiciones. Oyó Mercurio los golpes que yo daba, y despues de haber sabido mi nombre, fué á pedir licencia para abrirme. Algun tanto esperé á la puerta ántes que me despachasen, que esto de dar audiencia, en todas partes es dificultoso. Y como Mercurio no administra en el cielo oficio de juez público, bien puede negarse quando quiera, siendo así que cometiera injusticia á correr los despachos por su cuenta. Al fin mandó Júpiter que entrase adentro, que no lo hice yo con poco miedo; porque para entrar en el cielo es menester muchísimo. Grandes cosas ví por cierto en aquellas esferas soberanas: estaban los Dioses sentados por su órden en sillas de oro puro, y lo que mas me espantó, que con ser Dioses, no estaban sin cuidado: y á fe que á muchos se le dió grande mi no sabida llegada: unos á otros se preguntaban la causa de mi ida, y mas de muchos culparon de no poco sobrado mi atrevimiento, y le juzga-

ban digno de castigo: porque temieron que á mi exemplo se subiesen al cielo volando los mortales. Mirábame Júpiter ayrado, y yo le adoraba temeroso, ya no poco arrepentido de haber subido al cielo, cosa que tú no sabrás de otro hombre alguno. Júpiter con rostro grave y con ademan severo y desabrido, me preguntó quién era, de á donde venia, y qué era lo que buscaba. Harto fué quando oí aquesto, que no me cayese desmayado del grande miedo que me causó el oírle; mas aunque atónito de su voz terrible, si bien es ansí que no pude responderle, cobré ánimo para no caer del todo: animóme un Dios conocido mio; y yo de allí á un poco, algo mas reparado, dixé á Júpiter la causa de mi jornada, nacida de las opiniones varias que habia en la tierra acerca de los sucesos celestiales: ponderé los deseos que habia tenido de saber la verdad de aquellas cosas sublimes y divinas: conté la ignorancia de los que el mundo llamaba filósofos, á quienes los demas hombres aplaudian por sabios; y cómo desesperado de la diversidad de sus opiniones, de la confusion de sus palabras, habia determinado averiguar por mí solo lo que ellos ignoraban por sí mismos: conté la nueva invencion que hice de las alas, y lo que me sucedió en mis vuelos: y últimamente le pedí perdon de tanto atrevimiento, y le presenté la querella de la luna con las mejores palabras que yo supe. No pudo contenerse Júpiter, sin que rompiese su gravedad y ceñó con una grande risa, y arqueando las cejas mansamente, dixo á los Dioses que atentos me escuchaban: ¿qué direis de Oto y de Efilto, cuyo atrevimiento de querer subir á estas eter-
nas

nas moradas, se calificó por el mayor de los mayores, y no debió de ser tan grande, pues que Menipo ha osado acometerle? Y vuelto á mí con ademan mas suave, prosiguió con una risa suavísima: gran valor ha sido el tuyo, y aunque á muchos les parezca que mereces castigo, siempre el desear el cielo, es muy digno de estimacion y premio: de muy buena gana te admitimos en nuestra posada cristalina, y gozarás en ella de nuestra conversacion y cena, y mañana procuraremos despacharte, diciéndote lo cierto de las dudas que te han traído á vernos: y dichas estas palabras, dexó el asiento precioso, y se fué á cierta parte del cielo, desde adonde se oian todas las cosas de la tierra. Porque era ya hora de dar audiencia á las peticiones, deseos y querellas de los mortales, mandó que le acompañase, y por el camino me fué preguntando muchas cosas: quiso saber á qué precio valia el trigo en Grecia por entónces: si habia sido grande el frio del pasado invierno: y si sabia si habian quedado vivos algunos hombres de la generacion de Fidias, aquel famoso estatuario, á quien mostró voluntad por sus obras milagrosas: preguntóme la causa por qué habian dexado los Atenienses tantos años la celebracion de sus fiestas, en que le ofrecian tan solemnes sacrificios, y si tenían pensamiento de acabarle su famoso Olympio. Tambien me preguntó si estaban presos los que con manos sacrilegas habian osado robar el templo Dodoneo. Yo le respondia humilde la verdad de lo que sabia; porque mentir á los Reyes ni á los Dioses no es seguro. Dime por tu fe, Menipo, prosiguió el divino Jove ¿qué opinion tienen de mí los hom-
bres